

EL MUNDO DE LOS LIBROS

EL CONCILIO DIA TRAS DIA

Del P. Y. MARIA CONGAR

DURANTE la primera sesión conciliar, el gran teólogo dominicano, P. Yves María Congar, teólogo experto, el mismo para las tareas conciliares, ha publicado una serie de textos sobre el Concilio y la nueva faz que se delineaba en la Iglesia en diversos órganos de difusión franceses de primera categoría: «Informations Catholiques Internationales», «Temoignage chrétien» y «Le Monde», sobre todo en el primero de ellos, que ahora se ven recogidos en libros bajo el título «El Concilio día tras día» y que la editorial «Estela» ha traducido brillantemente al castellano. Completan el volumen una serie de documentos importantes para entender bien lo que ha sucedido en la primera sesión conciliar: la oración «Adsumis», que se rezó cada día antes de cada reunión conciliar y que data del IV Concilio de Toledo, el capital discurso de Su Santidad Juan XXIII en el acto de apertura del Concilio, el mensaje al mundo de los Padres Conciliares, el discurso del Santo Padre en la clausura de la primera sesión y una respuesta personal del padre Congar al «Osservatore Romano» y a todos aquellos que se incomodaron por la actitud de dicho teólogo ante un problema como el de la devoción a San José y, en general, todas las otras devociones que pueden hacer perder de vista el centro y médula escriturísticos de la fe cristiana. Además se reproduce en este apéndice el esquema sobre los medios de difusión, el nombre de cada uno de los observadores de cada una de las Iglesias representadas en el Concilio y alguna estadística.

A través del texto del libro nos encontramos por otra parte llamadas de atención sobre puntos de referencia cronológicos y personales verdaderamente útiles y a veces imprescindibles para que el lector quede verdaderamente al tanto de la evolución de algunas cuestiones, de la fecha de su discusión, etc. Pero el libro del padre Congar más que una historia del Concilio Vaticano II en su primera sesión —y lo es en gran parte— es la reflexión serena, pausada, profunda y sencilla a la par, de un gran teólogo —uno de los grandes teólogos de la Iglesia de hoy acerca de los problemas que va tocando y que se discutieron en el Concilio, pero sin perder de vista al mundo y a los peculiares problemas de hoy desde el hambre o el colonialismo hasta el comunismo y por supuesto el ecumenismo cristiano uno de cuyos especialistas más autorizados es el autor de este libro. El padre Congar, cuando llega a sus temas preferidos, rezuma, por otra parte y sin por eso dejar de ser profundo, una especie de ternura que emociona. Ha sido uno de los hombres que, durante muchos años, a causa de sus actitudes liberales en teología ha experimentado un verdadero calvario de incompreensión y cuando los teólogos curiales prepararon los esquemas conciliares, ni siquiera se le consultó, como ocurrió con los padres Rahner o Danielou, por ejemplo. Si después fue nombrado experto del Concilio, ello se debió únicamente a la personal intervención del Santo Padre Juan XXIII. Pues bien: he aquí, por ejemplo, cómo habla el padre Congar de la libertad de expresión en este

libro que estoy comentando; esa libertad de expresión en la Iglesia que ha estallado en el Concilio después de una secular represión y por la que el padre Congar tanto había abogado: «El Concilio es en sus límites internos, que son los del universo católico representado por sus pastores, e incluso los del universo cristiano, puesto que en él se habla libremente con los observadores (que asisten a todos los debates); el Concilio es, repito, una especie de ágora o de foro de la república espiritual cristiana. Su ambiente es el de la libre proposición del pensamiento para cada uno de aquellos que estiman tener algo que decir. Esta libertad se paga con la duración de las sesiones por las que desfilan unos tras otros, de treinta a cuarenta oradores en cada una. Es preciso aceptar esta pesadez en la marcha de la Asamblea. La libertad se paga siempre cara, pero su precio es siempre relativo y así siempre inferior a su valor, que en su orden es absoluto. Pero la gran lección del libro del padre Congar es que el lector aprende a ver en la

Iglesia cómo los asuntos de Dios se juegan en el juego de los hombres, una lección muy necesaria para el tradicional católico español que cree que Dios rige a su Iglesia a golpe de milagro y así se escandaliza tontamente, por ejemplo, hasta tratar de disimularlo, del tremendo choque de las dos tendencias, conservadora y progresiva, en la Iglesia o sigue tan pasivamente en esta que no se ha enterado todavía de la gran necesidad que la jerarquía tiene de los laicos cristianos a los que el padre Congar, glosando la intervención del cardenal Lercaro en el Concilio, dedica también unas páginas del libro o exigiendo para ellos la función que les compete en la Iglesia. La otra gran conclusión del libro es, por lo demás, la impresión que hace sobre el lector el espectáculo de una Iglesia viva y en ebullición. Una Iglesia apasionada, pudéramos decir, y por eso al cerrar sus páginas, el lector se encuentra comprometido en inteligencia y corazón, informado y esperanzado ante la segunda sesión próxima a comenzar. JOSE JIMENEZ LOZANO

LAS RELIQUIAS

EXISTE un viejo dicho popular que afirma que «al santo hay que empujarle a adorar por la peana», y, en realidad, sucede con harta frecuencia, que se empieza adorando a Dios comenzando por adorar a sus santos y a éstos no sólo por su peana, sino también por sus reliquias. Hubo un tiempo en que la Iglesia, cediendo a los deseos y a la buena fe de la gente sencilla y creyente, permitió que proliferaran por doquier las reliquias supuestas o reales de sus santos canonizados. Pero muchas veces esa fe sencilla, que tantas veces está a flor de piel, se transforma en superstición vulgar, y así se da el caso de que durante algún tiempo, lo cuenta Roger Peyrefitte en su discutido libro «Las llaves de San Pedro», se veneraran reliquias tan curiosas como «una pluma del Arcángel San Gabriel», «un suspiro del Espíritu Santo», «los cuernos de Moisés» y hasta «una costilla de la Santísima Trinidad», que se sacaba en procesión, según creemos recordar, en cierto país de Sudamérica. Naturalmente, hace ya bastante tiempo que la mayoría de estas reliquias se han perdido y han caído en el olvido de las buenas gentes que en ellas creían a pies juntillas. A nosotros no nos parece mal que se adore o se veneren tal o cual reliquia, verdadera o falsa, tal y cada cual con su creencia y con su postura personal respecto a la fe, lo que si creemos que es pernicioso es el exhibicionismo que se hace, aún hoy día, de ciertas reliquias. Ello excita sobremanera la sensibilidad de la gente y puede dar lugar a confundirla creando un cierto espíritu de superstición muy alejado de la verdadera fe. Todo esto viene a cuento, porque durante un año se ha estado paseando por toda la geografía de nuestro país el brazo que se supone perteneció a una gran española. Naturalmente, no existe ninguna prueba contundente de que la cual se pueda afirmar que ese brazo perteneció, efectivamente, al conjunto anatómico de dicha Santa y, nos atrevemos a decir, que es muy difícil que se pueda reconocer el hecho de que ese brazo sea, en realidad, de una mujer o de un hombre. No obstante, a esa reliquia se la ha paseado en triunfo por todas, o casi todas, las capitales españolas y ante ella han hecho reverencia todas las autoridades eclesásticas y civiles. Nosotros nos preguntamos si es que es verdaderamente necesario para admirar y venerar a Santa Teresa el tener que exhibir su brazo, verdadero o falso, y, naturalmente, nos llaves de San Pedro», se venera De Santa Teresa no queda su vida de sacrificio, vida ejemplar, sus fundaciones, sus obras escritas, material más que suficiente para venerar sus recuerdos sin necesidad de mostrarnos el mutilado miembro momificado. Y más recientemente aún se está exhibiendo, también, otro brazo famoso, quizás el brazo



derecho de la Iglesia: nos referimos al brazo de San Pablo. Quiere la tradición que San Pablo estuviese en España. Las pruebas que sobre este supuesto hecho histórico existen son tan mínimas y tan discutibles que sólo conoció España, en aquel tiempo provincia de la imperial Roma, a través de los relatos de algún conocido suyo. Y aun así, que no se ha sabido nunca con certeza dónde pudiera dar el gran Santo con sus huesos, lo cierto es que ahora se pasea por España uno de sus brazos. Y como Pablo fue un gran Sanctorum, uno de los mayores y más eficaces evangelizadores de la época, de entonces nueva religión, se le han tenido que tributar los honores dignos de su nombre y de su prestigio dentro de la Iglesia. Y el colmo de lo que antes apuntábamos como peligroso exhibicionismo, es que al tal brazo, que en el mejor de los casos perteneció en vida a cualquier anónimo ciudadano romano, se le han tributado los honores de Capitán General, como si Pablo tuviera algo que ver con la moderna institución castrense. Pero, ¡a tal señor tal honor!

Lo cierto es que ya va siendo hora de que las reliquias se guarden en los conventos y se diga a la gente, de una vez para siempre, que para encontrar el camino de la verdadera fe no es necesario, sino peligroso, el exhibir ciertas reliquias para encontrar el sentido verdadero, único y sustancial de la religión. JAVIER PEREZ PELLÓN

PENSAR ES PELIGROSO

EL temor a las ideas y a los libros sigue siendo algo muy característico de nuestros días. Cuantos son los pensadores, los filósofos, los escritores cuyos nombres van acompañados de una lucecita roja, como señal de peligro. Como una mínima dignidad exige que figuren en las antologías, la actitud que se mantiene ante ellos es la del desprecio y la de la simplificación. Es muy frecuente, durante el bachillerato, escuchar del profesor juicios como el siguiente, a propósito de un pensador no grabado: «El pobre era un descarrillado, y para dar mayor eficacia a su sim-



plismo (que no se sabe si obedecía a ignorancia o a mala fe) el profesor añade: «Desde luego escribiría maravillosamente. Es, sin duda, un ejemplo de talento malgastado». Siempre recordará como nos explicó a Hegel el profesor de Filosofía: «Figúrate lo que me va a pasar este filósofo, que ni sus propios discípulos eran capaces de interpretarlo. Y ahí se acabó todo. A veces se recurre a explicaciones tan bajas como la soberbia del hombre que quiere alcanzar la verdad y a veces se apunta con voz sombría al castigo que su obra habrá merecido en la otra vida. De esta manera las clases de literatura, de historia o de filosofía quedan reducidas al nivel del cuento para niños, de anecdotarios. Pero los problemas no se abordan críticamente, nunca se explica tal o cual sistema de ideas en relación a su tiempo, buscando las razones y considerando las repercusiones sociales. Constantemente se dan versiones parciales negando o ignorando hechos, mutilando la historia de la cultura, explicando unilateralmente las cosas. Todo esto es grave por la abulia mental a que conduce y por la radical falta de honradez con que se procede. Si bien es cierto que se consigue de esa manera tener adscrita la opinión a un modo tradicional de pensamiento, esta adscripción es rutinaria, pasiva y falta de creencias. Todo lo que se logra es una mixtificación de un sistema de vida y de ideas, una superestructura sagrada e intocable que se utiliza para denunciar, para encasillar, para señalar como sospechoso a cualquiera que intente analizarla o someterla a crítica. Por último, conduce a una intransigencia que hace la convivencia difícil y, a veces, imposible. Esta política educacional debajo de la cual ya Unamuno vio una Inquisición latente, ha sido mantenida casi ininterrumpidamente desde hace siglos. Por supuesto, ha sido mantenida siempre por unas minorías muy conscientes, tan eficaces en su labor, que ya no se puede hablar de ellos solos como responsables, ya que han encontrado cola-

SU MAJESTAD LA ANGSTIA

ESTAMOS asistiendo, casi insensiblemente, a una honda y definitiva transformación de nuestro mundo, del signo de nuestra existencia, y no sólo porque el hombre esté siendo reemplazado por la máquina, porque las distancias se acorten o el «confort» haga más grato el vivir. Todo eso ya sería bastante para pensar que nuestro mundo cambiaba o había cambiado, pero hay más. La vida en las relaciones entre los pueblos se transforma y de qué modo!

con terroríficas descripciones de lo que sería una guerra termo-nuclear. Nadie ha hablado ya del fin de la guerra futura; a nadie ha parecido importar ya que la futura guerra fuera justa o no. El fin no parece ser relevante; ahora lo que importa son los medios, y hay medios que asustan. Kruschef, en su reciente viaje a la Alemania del Este, lo ha dicho de forma clara, en un intento de imponer su criterio, frente a las tesis belicistas: «En una futura guerra, morirían varios millones de trabajadores por cada capitalista». No cabe duda de que estas palabras tuvieron que producir un tremendo impacto en los hombres que escuchaban al dirigente soviético, porque, aunque hoy se vive la idea de que mueren los demás, mientras cada uno se siente permanecer, la atusión es tan masiva y directa que muchos se sentirían ya torcados en cenizas. Todo esto nos hace pensar, si bien sea dicho a vuelo plu-

ma, que el signo hondo de nuestro tiempo ha cambiado. No hace tanto que se enardecía a los pueblos con la idea de una guerra en la que triunfaría la justicia y la razón. Ahora no; ahora se los amedrenta, se los angustia para que ni piensen en la guerra y mucho menos en la victoria, que no sería de nadie. La reacción de las gentes, como es lógico, varía. Además del estupor que producen ciertos cambios bruscos en la forma de expresión de sus dirigentes, optan por una de dos actitudes diversas: el repliegue a la angustia o la apertura a la diversión. El hombre trabajador, sencillo y pacífico siente deseos de rebelarse frente a ese poder que le tiene permanentemente preocupado y que ignora lo que es, porque no sabe ni definir la angustia. Ese hombre vive como sobresaltado; vivió la otra guerra y no puede imaginar cómo será una peor. Otros ciudadanos eligen el camino del olvido y de la despreocupación, fundándose en un dicho ya clásico: lo que sea sonará. Y se dice: «Ahora lo importante es vivir, vivir plenamente».

El signo de nuestra hora cambia, cambia la política, la dinámica de los pueblos, la reacción de las gentes y hasta la forma de vivir la vida. Gobierna el mundo su majestad la angustia. Lo triste de todo esto es que también los buenos propósitos de hoy pueden cambiar, y con menos ruido, con menos propaganda y con más sorpresa, puede la humanidad precipitarse en un abismo. Claro que éste no es momento de hablar de esas cosas y de esas posibilidades, porque todos los hombres vamos a ser muy buenos y vamos a medir mucho nuestros actos colectivos. No importa que en cualquier guerra civil yemenita parezca que se han usado gases venenosos; eso habrá sido un error. MIGUEL JORGE MOLERO



EL CABALLO DE TROYA

Advertisement for COPRI (DOS DE MAYO, 1) featuring WILLYA WRIGHT. Services include: RIEGOS POR ASPIRACION, PROTECCIONES AUTOMATICAS CONTRA INCENDIO, INSTALACIONES ELECTRICAS, TALLER ELECTROMECANICO, DEPURACION DE AGUAS.

QUIENES DEBEN PAGAR LOS IMPUESTOS

EN algún sentido, la historia de la humanidad se ha escrito y se ha vivido bajo el signo de los impuestos. El hombre se ha rebelado siempre cuando alguien ha pretendido burgar los bolsillos. La inmensa mayoría de las veces esta rebelión ha sido pasiva; se ha aceptado el tributo de mala gana, se ha buscado la fórmula de evadirse del mismo que, como dice el aforismo que hizo la ley hizo la trampa, se han buscado artimañas capaces de hacer recaer sobre los hombros ajenos el pago de los impuestos comunes y, en todo caso, si se ha pagado y se paga es por estricta obligación. Nadie acude con su aportación personal voluntariamente; el fisco no da de recurrir a medidas energéticas para conseguir de cada contribuyente el pago de su cuota. Otras veces, en tiempos pasados, la cosa fue bastante más grave. La rebelión de las colonias inglesas que habían de formar más tarde los Estados Unidos fue un problema de impuestos, concretamente sobre el te y otras chucherías. «Queremos pagar los impuestos como ciudadanos y no como esclavos», fue uno de los eslógans de la revolución americana. Si nos remontamos más atrás, encontramos

impuestos tan curiosos como los de «los pechos», que satisfacían los villanos a sus señores, no por otra razón de la de no haber nacido en nobles pañales. Otras gabelas se encontraban más justificadas, al menos desde un aspecto legal, tales como las que servían para financiar las costosas guerras o el entretenimiento de los gastos palaciegos. (Signe en quinta plana.)

